

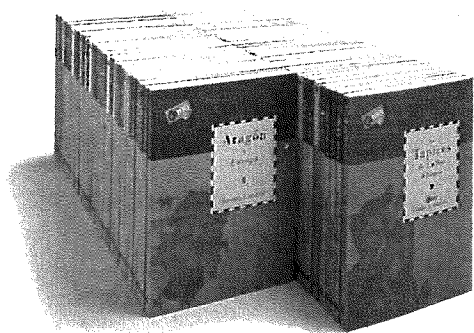
Revista Aragonesa de Teología

Año VII - Nº 13 - 2001

Enero-Junio



Saber más sobre Aragón

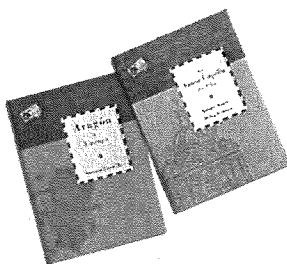


CAI 100: cada semana
un gran tema sobre Aragón
en un libro de bolsillo.
Colecciónalos.

**Ya a la venta un nuevo
número de la colección
a un precio muy asequible:**

200 ptas.

**Consíguelo en tu quiosco
o librería.**



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2001

Edita:
C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:
José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:
Carlos Tartaj Sánchez
Alfonso Ortiz García
Julián Ruiz Martorell
José-María Andreu Celma

Confección y maquetación:
EBROLIBRO, S.L.

Administración:
C.R.E.T.A.
Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza
Tel. 976 751134

Suscripciones:
José Antonio Escó

Impresión:
EDELVIVES
ISSN: 1135-0447
D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	5
1. Baltasar Gracián: <i>El ingenio a la moral</i> . José M.^a Andreu	7
2. <i>Carta atenagórica de Sor Juana Inés de la Cruz</i> . Carmen Romeo, Gloria Álvarez y Paula Ortiz	17
3. <i>En diálogo con las iglesias protestantes</i> . Emilio Aznar	49
4. <i>Calderón de la Barca: el dramaturgo de una arquitectura celestial</i> . (II parte). Felipe Borau Barbed	57
5. <i>Historia del cristianismo en Aragón. El origen de las diócesis aragonesas. II. La creación de la diócesis de Roda</i> . Domingo J. Buesa Conde	65
6. <i>La respuesta de la Iglesia católica ante la «cuestión social», a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en algunos pueblos del Bajo Aragón: Híjar, Urrea de Gaén, etc.</i> Cándido Marquesán Millán	75
7. <i>Sindicalismo agrario y sociedad rural</i> . Luis Bel Cortés	85

AVISO A NUESTROS LECTORES:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el número de su cuenta. Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios. Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

NUESTRA DIRECCIÓN ES:

CRETA
C/ Condes de Aragón, 32
50009 Zaragoza

EDITORIAL

Coincide nuestro número con una fecha muy convencional, y eso hace que las primeras palabras sean para sumarnos a los muchos y buenos deseos que, desde todas partes, se pronuncian para una humanidad que cada día va teniendo más conciencia de comunidad planetaria y a la que pronto se le va a quedar pequeño este escenario terreno por lo que buscará nuevos espacios para investigar, trabajar y hacer turismo.

La nueva conciencia planetaria nos motivará para hacer frente a los problemas comunes más fuertes como ya se nota en la respuesta a los fenómenos naturales que afectan negativamente a cualquier país, pero habrá que ahondar en las motivaciones que den más fuerza a ese sentido de comunidad sin perdernos en un estilo homogeneizador y uniforme que pueda ser percibido como un atentado a las personalidades e identidades culturales distintas.

Ser hermanos en la diversidad, solidarios en la diferencia, unidos en la variedad rica y plural de un mundo multicolor en el que cada uno se sienta orgulloso de su origen y abierto, a la vez, a todos los demás seres humanos que también tienen su historia y su raíz.

Pero es necesario conocer y afirmar la propia realidad e identidad para, desde ella, ser, efectivamente, abiertos, sensibles y católicos en el sentido más genuino de la palabra.

Nuestro número insiste en esta faceta de identidad propia y resalta la figura de un aragonés universal del que celebramos el IV centenario de su nacimiento. Baltasar Gracián, polifacético e inconformista, fiel a sus convicciones y profundo conocedor del espíritu humano, maestro por su dominio de la Sagrada Escritura y ético por su aspiración a promover una humanidad más «ingeniosa» que fuera capaz de responder a las necesidades de su tiempo y de todos los tiempos. Siempre comunicador sutil y literato sublime cuyas obras siguen deleitando por su estilo y por los temas tan variados que trata con la profundidad de quien denota ser un gran pensador y un gran escritor.

Aparece también en este número la Carta Atenagórica de Sor Juana Inés de la Cruz. Es un documento especialmente interesante por ser citado con mucha frecuencia como referente de una mujer que, en su tiempo, ejerció una gran influencia y brilló a gran altura por su capacidad intelectual y sus cualidades literarias. Hemos creído importante su publicación para favorecer el conocimiento de este documento que muchos buscan y no siempre resulta fácil encontrarlo. Agradecemos a sus autoras el esfuerzo y el entusiasmo que han puesto para hacerlo posible. La participación de la mujer en los ámbitos de la teología será siempre motivo de alegría y nuestra revista quiere estar abierta de forma especial a su presencia.

A todos los autores que colaboran con tanto entusiasmo y a los lectores que nos apoyan con su acogida, deseamos un año, siglo y milenio llenos de dicha, fe y esperanza que el Dios de la Historia y del Tiempo reparte a manos llenas.

Baltasar Gracián: el ingenio a la moral

Rev. Aragon. Teol. 13 (2001)

José M.^a Andreu

Nació Baltasar Gracián hace cuatrocientos años, el 8 de enero de 1601, en Belmonte de Calatayud (hoy Belmonte de Gracián). Ingresa en la Compañía de Jesús el 30 de mayo de 1619 y, a pesar de ciertas tensiones, permanece en ella hasta su muerte, acaecida en Tarazona el 6 de diciembre de 1658.

Gracián, Proteo de cien caras, es una persona con un trasfondo que nunca se termina de explorar. Su imagen asume enseguida contornos segmentados y complejos, engloba elementos difíciles de reunir: hijo de médico, infanzón, jesuita, amigo de las academias literarias, escritor, capellán castrense, pensador, aficionado a la música y a la pintura, educador, orador de la Corte y predicador popular, profesor de Sagrada Escritura. Del escurridizo Gracián conocemos algunos perfiles, siempre aspectos del gran hombre. Se nos escapan rasgos necesarios para solidificar en una figura unitaria todas las facetas del poliedro.

¿Cómo era Gracián? Lo que era lo encontramos en su obra. Toda creación literaria es autobiográfica. Escribiendo sus libros, «sus hijos de alma», se describió a sí mismo. La presencia del autor en su obra es la más auténtica. «Viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos» (C I, VII). En los signos impasibles de la escritura nos ha dejado su autorretrato, como en ciertos juegos para niños donde hay que reconocer en la maraña de un bosque la imagen de la liebre o del cazador. «Los personajes protagónicos de *El Criticón* son emanaciones, hipóstasis de su yo más recóndito. Esa emanación no es el resultado de su razón y de su voluntad explícitas, sino de motivaciones de su yo más enigmático» (E. Sábató). Gracián es un *criticón* —no frunzáis el ceño como hicieron muchos que se quedaron sólo con el título de su novela sin par— que este *criticón* es *discreto*, un *oráculo de prudencia* y un maestro del *arte de ingenio; político y piadoso*, que aprendía las lecciones de divina policía «con una continua grave lección de la Sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable» (D XXV). Maestro de Sagrada Escritura, desde el año 1650 hasta comienzos del 1658, se familiariza con el Evangelio; de ahí brota su cristianismo crítico. La Biblia era para él «el guardajoyas de la mejor sabiduría» (A II, LVIII). En sus textos plurales, entretejidos con hilos que se enmarañan continuamente, afloran esas perlas ricas y brillantes, bordadas sutilmente por quien era maestro del arte de la ocultación. La Escritura «reparte estrellas» (C II, IV) en todos sus libros. La plenitud ética que dejan entrever quizás proceda de esas verdades primeras que abren las dimensiones mismas de la profundidad y que son las referencias últimas de su pensamiento. Y se nutría de la Eucaristía, prefigurada en el maná, el alimento de todos los gustos. Por eso lo primero que topamos al encontrarnos con Gracián es un *héroe* que, recorriendo caminos no sendereados, llegó a la excelencia.

Gracián es siempre un escritor ético: «los valores éticos configuran todos los arrastres literarios de Gracián» (Alvar). Gracián es un pensador de la vida: «la mayor sabiduría es la que enseña a vivir, que es lo que importa» (C I, XIII). Toda la obra graciana, monotemática, es un ensanchar y ahondar la problemática moral. Las siete obras de este pensador luminosamente obsesivo son geniales variaciones sobre el

mismo tema central. El pensamiento graciano es un pensamiento en movimiento circular, expandiéndose en sucesivas exploraciones pero contrayéndose en un incesante repetirse de motivos esenciales. Nada mejor para preparar la lectura de *El Criticón* que conocer bien los textos precedentes. Pero también esta obra definitiva es la luz que nos las hace más comprensibles. Las partes no se encadenan de manera fortuita; hay una composición rigurosa que organiza todo el material. El proyecto graciano, eso que Gracián no puede dejar de hacer, es el elemento bisagra que aún todo lo producido por él. El contexto de toda la obra es el que da sentido a cada frase. No podemos proceder con sus obras como «catadores de cocina, que pican solamente las pasas del pastel; se destruye así todo el trabajo que se ha tomado el autor y no se consigue más que las satisfacción de una vulgar curiosidad» (Nietzsche).

Su obra es «un discurso sobre el curso de la vida» que «empezando por la hermosa naturaleza y pasando por la primorosa arte para en la útil moralidad» (C I, A quien leyere). Como buen moralista en él convergen el psicólogo, el ingeniero y el artista: Gracián es un psicólogo profundo, un ingeniero sutil y un artista sublime.

Gracián psicólogo: a juicio de Azorín es «el psicólogo más completo y agudo de nuestra literatura». «Luis Vives, Huarte de San Juan y la legión de los místicos le habían precedido entre nuestros españoles en el estudio de la psicología, pero ninguno de ellos se adentró tan hondo en los fondos oscuros del alma. Ahí es donde explora las raíces del mal, los fieros instintos, las feas pasiones, las tres furias destructoras de la personalidad: la ignorancia, la envidia y el miedo» (Romera Navarro). Nietzsche declaraba a su amigo P. Gast: «Gracián demuestra en experiencia de la vida una sabiduría y una perspicacia con las cuales no hay nada comparable hoy. Sobre Baltasar Gracián tengo el mismo sentimiento que usted: Europa no ha producido nada más fino ni más complicado en materia de sutileza moral».

Gracián, maestro del arte de mirar, dirige sus ojos penetrantes hacia los fondos primordiales del alma llegando al interior más reservado. Indiscreto a su manera y desafiando el buen gusto, con su varita de avellano, tantea los más sutiles recovecos para desenmascarar las tinieblas en las que el hombre vive: «brujuleando el ánimo, sondando los afectos, va haciendo anatomía del ánimo, registrando y ponderando tanto los discursos como los afectos, hace anatomía del sujeto hasta las entrañas» (D XIX). Antes de que Nietzsche aireara las cloacas del alma nadie como él había visto la dimensión visceral y nocturna de la vida psíquica. Hurgando en la trastienda de la conciencia recorre las galerías de nuestro psiquismo y pinta las siluetas monstruosas de esas corrientes subterráneas, anticipándose en sus descripciones literarias a los disparates de Goya y a los análisis de Freud.

La antropología graciana tiene alma barroca. El realismo barroquista, al renejar de toda razón ideal abstracta, efectúa una nueva y exasperada revalorización de las pasiones, de las sensaciones, de las emociones, expresadas de manera intuitiva y colorista. Se reconoce y acepta la vida humana con su complejidad y variedad, con su belleza y su miseria. La sensibilidad por lo natural recoge el bullir hirviente de las pasiones, manantiales de energía. *El Criticón* nos muestra el viaje de Critilo y Andreño buscando la felicidad movidos y guiados por las pasiones luminosas e inteligentes y desviados por las pasiones estrechas y egoístas.

La naturaleza humana es bifronte y complicada. El barroco es el choque de lo apolíneo y lo dionisiaco, de la suave belleza y de los monstruosos ímpetus. La lucha de contrarios quizás sea lo más característico del estilo barroco. «Todo el hombre se compone de contrarios. Los humores empiezan la pelea; la parte inferior está siempre de ceño con la superior; combaten entre sí muy vivas las pasiones» (C I, III). El hombre graciano es dual, anfibio, «Critilo y Andrenio, que llenaron bien el uno en lo juicioso y el otro en lo humano» (C I, I). Andrenio, el lado oscuro y espontáneo de la vida, es la sombra de Critilo, su mitad, su otro yo. Critilo y Andrenio, con sus fronteras esfumadas y enlazadas, definen el espacio mismo de la vida. Entre ellos hay comunicación y una influencia recíproca; cada uno arrastra al otro; los dos viven las distintas metamorfosis necesarias para la maduración; los dos entran, al fin, en la isla de la inmortalidad. La descripción que hace Freud del *ello* y del *yo* ¿no tiene semejanzas con la que hace Gracián de Andrenio y Critilo?

Este hombre plural y contradictorio, que mezcla instinto y razón, mezcla de ángel y de bestia, «siendo la bestia para el ángel a la vez órgano y obstáculo» (Jankélévitch), lleno de incertidumbres y de miedos, yerra con frecuencia el camino. El laberinto es el símbolo con el que la imaginación poética de Gracián describe nuestro espacio interior; es la imagen de las entrañas. El vientre es el laberinto por excelencia, el microcosmos eufemizado del abismo, sede de los bajos instintos. Las fuerzas imaginarias del laberinto sugieren una ontología de la interioridad humana caótica, tortuosa y fragmentada. La vía que nos conduce a nuestro verdadero yo es un sendero difícil, lleno de vericuetos y meandros. El laberinto evoca los muros de las prisiones que nos angustian y de las fortalezas que nos protegen.

La degeneración de las pasiones es la modalidad degenerada de la vida pasional. De esta degradación se resiente de manera especial la convivencia humana. Dejado a sus instintos el hombre es la fiera más cruel de todas: «si los hombres no son fieras es porque son más fieros, que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas; no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco que llegue al hombre: a todos excede en fiereza» (C I, IV).

El hombre es un lobo para el hombre. La humanidad pintada en *El Criticón* es como un cuadro de El Bosco (C I, VI): una humanidad estúpida, miserable y contorsionada que nos horroriza, un anfiteatro de monstruosidades. El mundo humano es una jaula de fieras. La sociedad, inhóspita y avara, es la gran desalmada. El protagonista de *El Criticón* es el *homo viator* a través del gran desierto de los hombres. El vulgo descrito en *El Criticón* es una muchedumbre solitaria, «cada lobo por su senda». La vida humana es la peregrinación de un exiliado cuya libertad es la libertad precaria del extranjero. El símbolo del exilio nos muestra al hombre apátrida. En el hombre que vive fuera de casa se acumulan la hostilidad de los hombres y la hostilidad del universo. El símbolo del exilio sugiere la escisión del hombre y su mundo, el esencial aislamiento del hombre, su dificultad para crear relaciones auténticas. «El desdichado extranjero es el hombre de todos y todos somos él» (C I, VII).

Otro elemento de la antropología graciana es la dimensión teológica del hombre: «el hombre es la criatura más noble de cuantas vemos, monarca en este gran palacio del mundo, con posesión de la tierra y con expectativa de cielo, criado de Dios, por Dios y para Dios. Criado para el cielo, crece hacia allá y en la material rectitud del

cuerpo, está simbolizada la del ánimo». Los cabellos «son raíces de este humano árbol; arráiganle en el cielo y llévanle allá de un cabello. Allí han de estar sus cuidados y de allá ha de recibir el sustancial alimento». «Los pies huellan la tierra, despreciándola y tocan della no más de lo preciso para sostener el cuerpo». Y hace esta descripción del corazón: «su forma es en punta hacia la tierra, porque no se roce con ella; sólo la apunte, bástele un indivisible. Al contrario, hacia el cielo está muy espacioso, porque de allá reciba el bien, que él sólo puede llenarle» (C I, IX). El hombre es el ser excéntrico que busca, inquieto, su centro. «Es muy connatural en el hombre la inclinación a su Dios, como a su principio y su fin, ya amándole, ya conociéndole... En la naturaleza no hay cosa de balde ni inclinación que se frustre: si el hombre busca a Dios, Dios hay que es su norte, centro y sol, a quien busque, en quien pare y a quien goce» (C I, III). La hermosa naturaleza es «el espejo grande de Dios, libro en el que las criaturas son cifras de las divinas perfecciones... Lo más fascinante de este mundo es conocer un Creador de todo tan manifiesto en sus criaturas y tan escondido en sí, tan lejos y tan cerca. *Eso es lo que me tiene fuera de mí y todo en Él*» (C I, III).

La vida humana es deseo y búsqueda de la felicidad; el deseo se alimenta de sus propias hambres y aumenta con su satisfacción. Critilo y Andrenio peregrinan a través de países desconocidos, impulsados por la nostalgia y el recuerdo. El viaje tiene como meta el lugar del cual se ha partido: «grandes necios son los que andan buscando por la tierra la que está en el cielo... En vano ¡oh peregrinos del mundo, pasajeros de la vida!, os cansáis de buscar desde la cuna a la tumba esta vuestra imaginada Felisinda, que el uno llama esposa, el otro madre. Ya murió para el mundo y vive para el cielo» (C III, IX). El hombre, ser transfinito, no conoce límites: «su destino es el Todo» (C II, IV).

Y esa vida humana discurre en el tiempo. El tiempo es la ley de la vida, es el lugar en el que la realidad se nos da y el que posibilita nuestra coincidencia con ella, «es la cadena que nos ata a la existencia» (Zambrano). El tiempo no es sólo una simple experiencia de la duración, sino un dinamismo que nos lleva a otra parte. Gracián explora la temporalidad en todos sus registros de desarrollo, finitud, sufrimiento y muerte. El tiempo aniquilador se funde con el tiempo regenerador: la vida humana es un proceso de maduración. Los hombres, siempre a medio hacer, «vanse cada día perfeccionando, al paso que en lo natural en lo moral... Todos se van haciendo hasta llegar al punto de su perfección» (D XVII). El discreto graciano es «el hombre de todas horas» (D VII), «el hombre en su punto» (D XVII). Para llegar a serlo se deben sufrir distintas metamorfosis en las que se van reformando y purificando el ingenio y el gusto.

El peso en el orden de la temporalidad corresponde al presente; nos regala la generosa inmediatez de la vida. Las filosofías con calado existencial son filosofías del instante. Es necesario que nos impregnemos de «la completa igualdad del instante presente y de lo real» (Bachelard). El afilado presente, la ocasión única y semelfáctica, dura sólo un segundo. El momento casi místico del aparecer sólo puede ser aprehendido por un ingenio pronto y agudo.

¡Qué enigmática, rica, y compleja es la imagen del hombre que nos pinta Gracián! Este «compuesto humano es un sonoro, animado instrumento que cuando está bien templado hace maravillosa armonía; mas cuando no, todo es confusión y disonancia. Compónese de muchos y muy diferentes trastes que con dificultad grande se

ajustan y con grande facilidad se desconciertan» (C III, II). «La maravillosa composición interior, la armonía de sus potencias, la proporción de sus virtudes, la consonancia de sus afectos y pasiones, ésa quédese para la gran filosofía» (C I, IX).

Gracián ingeniero: «Tahur del discurrir», abordó la difícil tarea de construir un saber sobre la espinosa y problemática existencia humana, que se hiciera cargo de todas las zonas de la vida, que escuchara las palabras que el cuerpo, plural en sus instancias y en sus necesidades, murmura. El ser humano porta y soporta lo irracional, lo oscuro. No se puede apartar lo siniestro y torcido de nuestra realidad humana ni ignorar los complicados nudos por los que se atasca nuestra existencia en unas reflexiones éticas que intentan, precisamente, la rectitud y la justicia.

Además el hombre, como persona libre, es imprevisible en sus acciones y modos de conducta; no se puede prever con certeza qué decisión tomará, ni siquiera dadas de antemano las circunstancias. El futuro es lo no previsible, y aunque al revelarse hace reconocibles sus huellas en el pasado, se ve que tan sólo se insinuaba de modo discontinuo. Hay un vagabundeo inextinguible en el privilegio de lo humano. Para las cosas vagas no hay ideas claras y distintas. La vaguedad y la imprecisión constituyen el acceso a una realidad menos limitada y constreñida.

De alguna manera la razón tiene que penetrar en todo lo indefinible y movedido que encierra la condición humana, tiene que organizar un saber sobre la desorganizada y problemática experiencia. La realidad plural y enigmática del hombre sólo puede ser abarcada por una mirada plural. Gracián apuesta por una racionalidad que permita explorar todos los registros de la existencia humana, propone un modo de pensar que permita aprehender la verdad moral, «el colmo de la ambigüedad y de lo inasible, lo inasible de lo inasible» (Jankélévitch). El modo de conocer que nos enseña, combina la experiencia, el olfato, la sagacidad, la previsión, la flexibilidad, la atención, la simulación, la vigilancia y el sentido de la oportunidad.

De esta manera el pensar pierde fuerza lógica pero gana sagacidad psicológica. El método graciano es el de las aproximaciones concretas; trata de ponernos en camino para percibir unas presencias. El logos abandona su proceso dentro de la pura idealidad para convertirse en una modesta razón a la medida del hombre, en una razón dispersa que intenta recoger los detalles menudos y precisos, los matices, lo más distinto de cada cosa y de cada instante, los hechos inesenciales. El pensar graciano, bordado sobre episodios domésticos y concretos, no margina nada. Su filosofía casera (C III, I), o del sentido común, se expresa en términos ingenuos que desarman la respuesta prefabricada de la escuela. Su óptica y ética hogareñas nada tienen que ver con «los expositivos escolásticos, secos como esparto, que tejen lo que ha mil años se estampó y que poco o nada inventan» (C III, VII).

La capacidad racional omniabarcadora es el ingenio. Esta capacidad racional a través de varias metamorfosis, en su proceso de maduración, va transformándose en juicio y en buen gusto. Sobre el ingenio puede hacerse pivotear toda la gnoseología graciana.

El ingenio es la mayor prenda del Héroe, lo mejor del hombre (H III). Es lo que verdaderamente diferencia a los hombres: «Hay, a veces, entre un hombre y otro

casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia; si no en la substancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella» (D I).

La capacidad del ingenio es ilimitada: «Habló del ingenio con él quien le llamó finitamente infinito. Sería ponerse a medir la perenidad de una fuente y querer contar sus gotas, pensar numerarle al ingenio sus modos y diferencias de conceptos y intentar comprender su fecunda variedad» (A II, L). El ingenio, como «causa eficiente de la agudeza, intenta excesos y consigue prodigios; es perenne manantial de conceptos y un continuo mineral de sutilezas» (A II, LXIII). «No brillan tantos astros en el firmamento, campean flores en el prado, cuantas se alternan sutilezas en una fecunda inteligencia» (A I, III).

Los diferentes modos de conocer son radiaciones del ingenio, «el sol del mundo inteligible» (A I, I). Cada rayo de luz ilumina un segmento de nuestra existencia. El ingenio entra en la realidad y «del sujeto sobre quien se discurre y pondera reparte líneas de ponderación y sutileza a las entidades que lo rodean» (A I, IV). Con el ingenio percibe el hombre la vinculación de todas las cosas. Conocer ingeniosamente es sumergirse en el entramado activo de la realidad interconexa. «El concepto es el acto del entendimiento que expresa la correspondencia que se halla entre los objetos» (A I, II). No se trata de un conocimiento especular, lineal, preciso: el ingenio descubre semejanzas entre las cosas, permite ver relaciones entre cosas diversísimas, muestra unas relaciones en las que antes nunca se había pensado.

Los rasgos del ingenio más apreciados por Gracián son: la rapidez: «Las prontitudes de ingenio son alas para la grandeza. Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas, hilo de oro en los laberintos, y suele ser de condición de león, que guarda el estremarse para el mayor aprieto» (H III). El ingenio rápido genera un saber ocasional, del instante. Se requiere una gran agudeza para sorprender la ocasión repentina. Hay que «discurrir al caso» (C II, II). «La ocasionalidad del pensamiento quiere decir que el significado de su contenido se determina desde la ocasión a que se refiere, de manera que este significado contiene entonces más de lo que contendría si no hubiese tal ocasión» (Gadamer). Para atrapar el instante que no se repetirá necesitamos un sentido de la oportunidad siempre despierto. La filosofía graciana se parece a un dardo; es una filosofía del punto y ese punto es un instante a cuyo alrededor gira todo. La verdad es un acontecer, más que un saber. El instante reducido a la puntualidad del acontecimiento pulveriza toda generalidad.

La inventiva: «la invención es gran prueba de un ingenio» (A II, XXXV). «Algunos ingenios son tan valientes que llegan a discurrir lo que no es» (A I, XV). «Inventar es arduo y después de tanto cerca de insuperable» (A I, I). Pensar inventivamente es perder el miedo a pensar, es indicio del poder creador del hombre.

El ingenio ambidextro: «Todo gran ingenio es ambidextro, discurre a dos vertientes» (A I, XVI). «Es el ingenio anfibio, está siempre a las dos vertientes de conveniencia y inconveniencia. Pondera la que descubre y discurre siempre para hallar el concepto en el un extremo o en el otro» (A II, LIX). «Todos, en la vejez, somos Janos: todos discurrimos a dos luces y andamos a dos haces; ni se puede vivir de otro modo que a dos caras. Hablamos en dos lenguas a la par. Hay primero y segundo semblante» (C III, I). Jano con su doble rostro significa que vigila tanto las entradas como

las salidas, que mira tanto al interior como al exterior, la sustancia como la circunstancia, los pro y los contra, lo presente y lo pasado.

El carácter anfibio del ingenio corresponde a la ambigüedad de la realidad. Son las mismas cosas las que ofrecen esa duplicidad de aspectos: «Todas las cosas tienen haz y envés. En todo hay convenientes y inconvenientes; la destreza está en saber topar con la comodidad; hace muy diferentes visos una misma cosa si se mira a diferentes luces; mírese por la de la felicidad» (O 224). «Hanse de discurrir las materias por entrambas partes y resolverse por el uno y otro lado, disponiéndola a dos vertientes. Son varios los dictámenes: esté atenta la indiferencia no tanto para lo que será cuanto para lo que puede ser» (O 180).

En Gracián todo es complementario; todo se opone sin contradecirse; su profunda madurez le ampara de las posiciones extremas y exclusivistas. Los que intentan conciliarlo todo, olvidando el modo de ser humano, demasiado humano, del hombre se sorprenden ante las extrañezas éticas, tan frecuentes en la obra graciana. El discreto graciano es «mixto de paloma y serpiente» (O 243), «hombre juicioso y notante» (D XIX), «diligente y inteligente» (D XXI), «hombre de espera con buenos repentes» (O 55 y 56), « procura los medios humanos, como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos» (O 251), es decir, es el «hombre de todas horas» (D VII).

El ingenio en la edad varonil se hace *profundo*: «hasta los cuarenta años no está del todo hecho, y aunque a veces más picante, pero no tan sazonado, que es gran perfección la madurez» (A II, LXIII). «Algunos realmente saben y discurren, pero se conoce que aún no están hechos del todo, que aún les falta algo, y, a veces, lo mejor... En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos, réalzase el gusto, purifícase el ingenio, sazónase el juicio, defécase la voluntad» (D VII). «Con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos» (D XXV).

Gracián muestra sus simpatías por el ingenio profundo: «los hombres son ríos y comúnmente tienen más de fondo los de mayor sosiego, y llevan más agua, los que menos ruido» (D VII). «Son los ingenios reconcentrados, con fondos de discurrir, con enseñadas de pensar. Es con grande estruendo la pronta avenida de un arroyo, pero no de dura, no tiene perenidad, con la misma facilidad, desmaya; un río grande y profundo muévase sin ruido y lleva perennes golfos de caudal. Los milagros del ingenio siempre fueron repensados» (A II, LVIII). «Entendimiento con fondos, logra eternidades» (O 57). «Seso trascendental, digo en todo: más vale un grano de cordura que arrobos de sutileza» (O 92).

El ingenio en su sazón es *el buen gusto*. Cercano al buen sentido, al buen entendimiento, que es el que importa (H III). El saber para la vida es la sabiduría, ese saber ligado a la experiencia vital, «un modo de ciencia que no lo enseñan los libros; cúrsase en los teatros del buen gusto» (D V). El buen gusto, «la provincia más refinada y elegante del juicio» (Burke), es capacidad de discernimiento: «añade algo al ingenio sutil, al juicio acre: es el gran don del saber elegir. Es la norma de la propia conducta; gracias a él no se depende de los extraños. Supone una adecuada comprensión de todas las circunstancias. Su primera atención es a la ocasión, que es la primera regla del acertar. Se fija, sobre todo en la conveniencia» (D X). «Es emi-

nencia de un buen gusto gozar de cada cosa en su complemento, conocer las cosas en su punto y saberlas lograr» (O 39).

El buen gusto está estrechamente vinculado a lo afectivo. «El ingenio vive a los confines del afecto, a la raya de la voluntad y es mal avecinado el de las pasiones... Despiértalo una pasión que suele suministrar armas (A II, LXIII)». «Realza la excelencia del entender el apetito del desear, y después la fruición del poseer. Conócese la altura de un caudal por la elevación del afecto» (O 65). El conocimiento del gusto es siempre un conocimiento interesado; el sujeto se siente ineludiblemente implicado en su dimensión afectiva. La razón está teñida y coloreada por los apetitos: «no hay antojos de colores que así alteren los objetos como los afectos» (C II, II). Cada cual juzga según la disposición afectiva en que se encuentra: «cada uno hace concepto según su conveniencia, y abunda en razones de su aprehensión. Cede en los más el dictamen al afecto» (O 294).

La garantía de la verdad radica en la previa rectitud de la parte afectiva del hombre: «es la pasión enemiga declarada de la cordura, y, por consiguiente, de la elección; nunca tiende a la conveniencia, sino a su afecto; y estima más salir con su antojo que con el acierto» (D X). «El dictamen leso procede tal vez de un corazón dañado» (O 218). De ahí la necesidad de una cultura del gusto, de una reforma del gusto para llegar a tenerlo relevante, plausible, delicado, en su punto.

En el juicio del gusto todas las facultades humanas se hallan presentes en su raíz originaria. El encuentro de sensibilidad y razón se realiza en el corazón. La cordura o sensatez sugieren una racionalidad amplia que integra el querer y el sentir. La verdad, sentida y razonada al mismo tiempo, nos pone de frente a la entereza de nuestro vivir en todo su abigarrado espesor. Este saber del corazón se expresa en sentencias en las que se entrelazan afectividad y pensamiento, conocimiento y amor. El discreto graciano utiliza su corazón como un espejo: «cree al corazón, que suele ser pronóstico de lo que más importa, oráculo casero» (O 178). Gracián aboga por una reconciliación entre la razón y la sensibilidad. «Hasta el corazón ha de ser de sesos para no dejarse tirar y aun arrastrar de sus afectos» (C III, VI).

El conocimiento del gusto es un conocimiento de lo singular y concreto. El buen gusto es el sentido fiel y casto con que el hombre capta la individualidad de las cosas. Supone una sensibilidad especial para lo particular: el gusto nos pone en contacto con las cosas azarosas que lo suscitan; «se acomoda a lo presente, que aunque no sea lo mejor es lo más preciso del vivir» (O 232).

«Tres cosas hacen un prodigio, y son el don máximo de la suma liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien, entendimiento del bueno. Pensar bien es el fruto de la racionalidad. Hay entendimientos que arrojan de sí luz, como los ojos del lince, y en la mayor oscuridad discurren más. Haylos de ocasión, que siempre topan con lo más a propósito; ofréceseles mucho y bien; felicísima fecundidad. Pero un buen gusto sazona toda la vida» (O 298).

Gracián artista-terapeuta: Gracián nos ofrece su sabiduría como un arte de vivir que haga del vivir un arte. En sus «lecciones de vivir» (C II, XI) nos ofrece un logos en el que late aún el aliento que lo origina; de él deriva una inspiración continua en cada